

que vestís. Seguid los pasos de vuestro dueño hasta dar las últimas pinceladas á la imagen de Jesu-christo crucificado. Armadas con este escudo nada será capaz de separaros del amor de vuestro Esposo.

De ese Esposo de amor que os llenará de fortaleza como á Judith, os pondrá en la mano un clavo traspasador como á Jaél, os dará el espíritu de temor como á Tobías, el escudo de la paciencia como á Job, el don de lágrimas como á David, el fervor y espíritu de la Esposa santa. Con el amparo de esta mano poderosa ¿teneis algo que temer? Así degollareis á Olofernés, vencereis á Sisara, rompereis los lazos del Leviatan seductor, vencereis los Reynos, gozareis de las promesas de vuestro Esposo: vencereis, vencereis aquí, y sereis coronadas en la eternidad. Amen.

## DE SAN BENITO DE PALERMO.

*Dominus suscitavit de pulvere egenum... ut sedeat cum principibus, et solium gloriæ tenent.*

1. Reg. cap. 2.

El Señor levanta al pequeño desde el polvo, le eleva al solio de su gloria, y le hace brillar entre los Grandes de su Reyno.

Aquel gran Dios que forma los Santos según los inmutables decretos de su Providencia, no solo destina para sentarse con los Grandes de su Reyno á los que llevaron su santo nombre en alas de su zelo apostólico por toda la redondez de la tierra, como los Pedros, Andreses y Bernabés: no solo á aquellos, que vestidos de púrpura manejaron la espada, y empuñaron el Real Cetro, como los Fernandos, Luises y Casimiros: no solo á los que adornados con la tiara Pontificia resplandecieron en la cumbre del honor, como los Gregorios, Bonifacios y Leones: no solo á aquellos que defendieron la Iglesia con los admirables rasgos de su valiente pluma, y la ilustraron con los resplandores de su celestial doctrina, como los Atanasios, Agustinos y Gerónimos: no solo á los que despreciando la grandeza y fastuosa pompa del mundo, eligieron una vida peregrina y solitaria como los Roques, Alexos y Egidios: no solo á aquellos que

con una santa intrepidez se arrostraron con los tiranos, y expusieron sus miembros en obsequio de la fé á las ruedas, á los toros de bronce, á las hogueras, y al furor de las bestias, como los Policarpos, Marcelinos, Ignacios y Lorenzos. No señores: hay otros muchos á quienes el Señor eleva al solio de su Reyno, y los hace brillar como astros del firmamento, sacándolos de una condicion obscura y despreciable, para darnos á entender que igualmente tiene sus delicias con los que nacen en las cunas de marfil y de oro, como las tiene con aquellos que han nacido en medio de las selvas, y de las chozas mas humildes.

¡Qué testimonio tan ventajoso voy á presentaros de esta verdad en el incomparable héroe, cuyo panegírico comienzo! ¿Quién era San Benito de Palermo considerado segun la carne? Vosotros lo sabeis: un hombre sin letras, sin autoridad, sin prosapia, sin fortuna y sin riquezas: un hombre, en cuyo árbol genealógico no se leían los nombres de los Césarés, de los conquistadores, ni de los Potentados del siglo, y cuya humilde cuna empañaban los densos vapores de la sangre etiópica. Un hombre que no habiendo heredado de sus progenitores mas que la piedad, no podia gloriarse de haber nacido entre los esplendores de la opulencia, de la sensualidad, ni de la gloria mundana; pero á este mismo hombre de nacimiento tan obscuro, puesto en las manos de Dios, y considerado en el orden de la gracia, le eleva el Señor á la cumbre misma de su gloria, le coloca entre los mayores héroes de la Religion, y fixa su morada entre los cortesanos del Empíreo: los mas famosos conquistadores Moysés, Josué y Samuél son sus conciudadanos: los Santos Reyes David, Eduardo y Hermenegildo son sus compatriotas: los mas

grandes Apóstoles Pablo, Santiago y Felipe son sus asociados.

Benito, el admirable Benito, agregado á los habitantes de la Santa Sion, brilla como refulgente antorcha entre las estrellas que lucen en la presencia del Señor en perpetuas eternidades, sus luces llenan de claridad la Corte del supremo Rey, y sus resplandores resaltan hasta las últimas márgenes de la militante Iglesia; las naciones que habitan la tierra bendicen su memoria, los pueblos aplauden el heroismo de su excelsa virtud, y el universo entero se une y congrega para honrar las cenizas de su sepulcro: su nombre célebre en los fastos de la Iglesia se propaga maravillosamente de generacion en generacion: el siglo de su nacimiento forma época para las edades venideras, y el dia de su dichoso tránsito se renueva todos los años hasta la posteridad mas remota: los mismos Soberanos, estas deydades sublunares, á pesar de su grandeza, se postran en su presencia, las criaturas insensibles oyen su voz, las potestades del abismo tiemblan su virtud, el mar calma sus hinchadas olas, la tierra vomita, si le invocan, sus difuntos, el fuego detiene sus ardores, el ayre pierde sus pestilentes influencias, y la naturaleza toda respeta su poder: *Dominus suscitavit de pulvere egenum.... ut sedeat cum principibus, et solium glorie teneat.*

Benito, semejante al caudillo de Israel, expuesto en su infancia al arbitrio de las aguas del Nilo, llega despues como aquel Profeta á la cumbre misma del honor. ¡O gran Dios! ¡Quién hubiera creído que el pequeño Moysés fluctuante entre las olas del mar, y sacado casualmente por una Princesa compasiva: quién hubiera creído que este desgraciado infante habia de ser aquel hombre milagroso que Dios habia escogido para conducir á su pueblo por sen-

das ignoradas en un vasto desierto, para intimarle las sagradas Tablas, fieles depositarias de su voluntad: para llenar de terror las Cortes de los Principes, y hacer servir al verdadero culto los vasos profanos de las naciones incircuncisas! ¡Quién hubiera creído que el niño Moysés era aquel varón portentoso, á quien queria Dios dar una gloria igual á la de los Santos: aquel hombre glorioso delante de los Reyes, santificado en su fé y en su dulzura, que haciéndose grande y temible á sus enemigos, debia domar los indóciles, y amansar los monstruos con sus palabras: aquel hombre singular y amable que habia de hacer resonar su voz en medio de las naciones, dar una ley de vida y de ciencia á los Pueblos, y enseñar su testamento á Jacob, y sus juicios á Israel! *Docere Jacob testamentum suum, et judicia sua Israel.*

Quien hubiera visto al infante Benito á principios del siglo XVI, reclinado sobre una humilde cuna envuelto en unas pobres mantillas, y reputado como un niño vulgar que nacia sujeto á la servidumbre de un caballero Siciliano: quien le hubiera visto, digo, en este estado, ¿hubiera podido imaginar que este desvalido pequeñuelo era un infante prodigioso, suscitado por la Providencia Divina para ser el mas glorioso ornamento de las Islas Sicilianas, honra del mar Mediterráneo, planeta luminoso, cuyos resplandecientes brillos compiten con los primeros astros del cielo Franciscano: esto es, con los Antonios, Buenaventuras, Bernardinos, Alcántaras y Capistranos; portento de la casa del Abraham de la Ley de Gracia: el Benjamin amado entre los hijos del nuevo Jacob: la imagen mas expresiva de su extático Patriarca, y crucificado penitente el Serafin de Asís: gloria de la nacion Africana, y luz prodigiosa del Septentrion y

Mediodia, cuyos fulgores se han difundido de polo á polo? *am á sup non* Ello es, amados oyentes, que S. Benito de Palermo ha llegado sin hipérbole en estos últimos tiempos al colmo de la gloria por consentimiento comun de los pueblos, porque empeñado Dios en glorificar su santo nombre, le ensalzó sobre los Grandes de la tierra, depositó en sus manos toda la fuerza de su poder, y le constituyó árbitro Soberano de su Omnipotencia divina, para postrar en su presencia el fastuoso orgullo de los hijos del siglo, y ostentar al mismo tiempo el esplendor y magnificencia de su brazo: le elevó á la mayor grandeza á los ojos del mundo y de su Religion: á los ojos del cielo y de los Angeles: á los ojos de los hombres y de toda la tierra, le hizo grande por las heroycas virtudes en que resplandeció: grande, por los señalados favores que disfrutó: grande, por los asombrosos milagros que obró: *Dominus suscitavit de pulvere egenum... ut sedeat cum Principibus, et solium glorie teneat.*

Ya podeis inferir de aquí mi pensamiento; pero yo os hablaré con mas claridad. Benito fué entre las asperezas de la Religion un prodigio de santidad sin exemplar: esto será el primer punto. Benito fué entre las delicias de la fruicion un comprehensor bienaventurado sin lumbre de gloria: he aquí la segunda parte. Benito fué entre las escaseces de la pobreza un rico dispensador de los tesoros del cielo: ahí teneis el tercer punto. Mas claro: Benito fué á un mismo tiempo entre los bienaventurados un Santo sin igual, entre los viadores un comprehensor mortal, y entre los hombres un bienhechor liberal. Tres partes de mi oracion.

Ved aquí, ilustre Archi-cofradía del Cordon, el justo tributo de alabanzas que voy á consagrar á

la memoria inmortal de vuestro singular Patron: ved hai tres proposiciones, con que á manera de palmas pienso entreteger una guirnalda para coronar las sienes de mi incomparable héroe: vosotros unid vuestras súplicas, y ayudadme á pedir al Divino Espíritu las luces que necesito para proponer sus admirables exemplos de un modo que sirvan de edificacion á vuestra piedad, y alienten la fé del numeroso pueblo que me escucha. Para alcanzar esta gracia pongamos por intercesora á María, saludándola con el Angel

AVE MARIA.

*Benito fué entre las asperezas de la Religion un prodigio de santidad sin exemplar.*

#### PRIMERA PROPOSICION.

Aunque el Santo Concilio de Trento, siguiendo las huellas del Apóstol San Pablo, nos enseña en la sesion quinta, que el primer hombre rebelándose contra su Criador inficionó con la ponzoña de su pecado á toda su desgraciada posteridad; sin embargo, todos los Teólogos ascéticos convienen en que si el pecado original se considera en su misma raiz, no hay hombre alguno que formado en el vientre de su madre no tenga por hermana gemela la culpa, y no lea su nombre señalado con caracteres de muerte entre los proscriptos del cielo; pero si la culpa original se mira en orden á sus perniciosos efectos, entonces afirman unánimes, que son diversas nuestras suertes; y que así como no todas las partes de la tierra son otros tantos jardines de Tesalia, ni todas las aguas del Oceano entran en el mar muerto, así tambien hay ciertos es-

píritus llenos de pasiones feroces, y de una naturaleza que parece desproporcionada para el bien; pero otros hay dotados de una índole de oro, y de un corazon semejante al de Salomon lleno de dulzura, y formado á expensas de la bondad y del talento: *Puer ingeniosus et sortitus animam bonam.*

Casi del mismo modo podemos discurrir hablando de los maravillosos frutos del sagrado Bautismo; porque aunque este gran Sacramento imprime igualmente en todos los párvulos el honroso carácter de hijos de Dios, sin que el mérito ó delito de quien le administra, aumente ó disminuya un solo ápice de su virtud sobrenatural: sin embargo ¿quién podrá negar que Jesuchristo principal agente, y dispensador de toda gracia, no pueda infundir en sus escogidos mayor ó menor abundancia de dones sobrenaturales, segun los ocultos desigñios de su eterna sabiduría? ¿Quién podrá dudar que en aquellos primeros crepúsculos de la razon puede proveer á algunos de los dotes mas eminentes, para que en su misma aurora resplandezcan como planetas de primer orden en el cielo de su Iglesia? ¿Quién podrá afirmar que Dios no puede á manos llenas derramar el Oceano de sus celestiales dotes en una alma de su agrado, para que en su misma cuna llegue á una santidad consumada, y camine con pasos de gigante como el sol, que apenas se descubre sobre el Horizonte quando ya se dexa ver todo entero?

Pues esta fué la sabia economía que la Providencia observó con el prodigioso Santo que hoy veneramos. Filadelfia, pequeña Ciudad del Reyno de Sicilia, vió asomar sobre su hemisferio á principios del siglo XVI á este astro de primera magnitud, á este varon extraordinario, que habia de ser gloria de su Religion, honor de su patria, mode-

lo de la piedad, y consuelo de su humilde nacion: los héroes nacen en la religion sublunar de quando en quando para arrebatár la admiracion, así como los grandes meteoros aparecen de tiempo en tiempo en la atmósfera solar para sorprehender los ingenios.

Apenas salió á luz este prodigioso fenómeno de la gracia, apenas estuvo formado el tierno corazón de Benito, quando sin esperar la edad madura como los Agustinos, Bonifacios y Magdaleñas, consagra al divino Hacedor los primeros fervores de su alma: dueño de sus potencias en un tiempo en que los demas hijos de Adán aun no piensan en sí mismos, sacrifica á su Criador las primeras aspiraciones de su balbuciente lengua, le ofrece todos sus respetos, se entrega á él sin reserva alguna, y le hace un pronto homenaje de su entendimiento, de su corazón y de todos sus sentidos. Todavía no puede fixar sus tiernas plantas en la tierra, y ya empieza á ocultarse furtivamente de la vista de sus padres y como un ermitaño doméstico á esconderse en lo mas retirado de su familia, sin otro director que los impulsos de su delicada y temprana piedad: allí le veriais suspirar humillado, y puestas sus vacilantes rodillas en tierra, levantar sus brazos al Empíreo en ademán de unirse con el sumo bien: abrir su pecho y cerrarlo como quien intentaba depositar en él á su Dios. Desde aquí le veriais volar al Templo sobre las alas del amor en compañía de Diana su piadosa madre: asistir al augusto sacrificio de la Misa, convidar á los Angeles á trasportar las alabanzas del cielo, fixar sus ojos en Jesuchristo crucificado, salir fuera de sí, y arrebatarse en éxtasis no conocidos, que le elevaban pequeño Angel á las familiares conversaciones de su Dios. Señores, ¿es este

un santo nacido desde el vientre de la madre, ó formado sucesivamente como los demas á influxos de la gracia? ¿Es este un anacoreta encanecido entre las austeridades de un bosque, ó un Angel bien hallado entre las miserias de la vida humana?

Avivad vuestra fantasía, y seguidle conmigo sus gigantes pasos; ¿pero á dónde? A los campos de Sicilia, donde va á manejar el humilde cayado de pastor que empuñaron en la ley natural un Abel, un Jacob, un Josef, un Simeon, y un Ruben: en la ley escrita un Moysés, un Saúl y un David; y en la ley de gracia el mismo Jesuchristo, que renunciando tantos títulos magníficos con que le habian honrado los Profetas, eligió con preferencia el de buen pastor: sí señores, destinado Benito á los nueve años de su edad á guardar de noche en el campo abierto el rebaño de su casa, dió principio con esta ocupacion á una vida capaz de excitar emulacion en las aclamadas memorias de los Pablos, Antonios, Hilariones y Pacomios. ¿Qué objeto tan digno de admiracion era el verle unas veces aplicado á cortar los ramos de las tiernas plantas, y formando de ellos una pequeña Iglesia asociarse á los espíritus bienaventurados, y entonar con ellos en la selva los cánticos de Sion; otras veces salir cuidadoso al mediodia de su retiro en solicitud de los pobres, y distribuyendo entre sus manos aquel escaso pan que recibia de su familia, y practicando ayunos poco menos que continuos: unas veces ocultándose de sus compañeros, volar secretamente al pie de una encina, y exhalar noches enteras los tiernos suspiros de su corazón en holocausto al Rey inmortal de los siglos, otras contemplando la mansedumbre de las ovejas que apacentaba, y la inocencia de los cordeiros de su redil, confirmarse en aquella sencillez de ánimo, y en aquella rectitud de corazón que con-

servó hasta los últimos alientos de su preciosa vida: otras veces advirtiendo la humilde sujeción de su rebaño al eco de su voz, y la vigilancia de los canes que custodiaban su manada, excitarse á un mismo tiempo á escuchar con prontitud la voz de su Dios, y á observar una exácta fidelidad contra las sorpresas de satanas!

Pero estos admirables rasgos, que al parecer son consumados progresos de la virtud, no eran más que unos débiles bosquejos de su temprano heroísmo: su rara santidad que estaba como oculta entre los celages de la puericia, se manifestó con todo su resplandor, quando trasplantado de los campos de San Fradelo al desierto de Corona, se alistó á los veinte y un años entre los hermitaños Franciscos baxo las banderas de mi seráfico Padre: aquí fué donde soltando los diques á su elevado espíritu, parecían pigmeos en su comparacion aquellos venerables ancianos que habian envejecido entre las rocas y torrentes: de modo, que podemos decir con verdad del jóven Palermo, lo que el Poeta cantó ingeniosamente del grande Aquiles vencedor de Troya, que lo que en otros era el ápice de la virtud, era en Aquiles el primer rasgo de su fortaleza: *Quod alterius esset gloriæ, et summum decus, iter est Aquiles.* Se asombra la misma admiración al contemplar á un jóven novicio transformado en un cadáver viviente, extenuado con los ayunos, consumido con las vigiliass, inundado en lágrimas, vestido de un tosco saco mas propio para manifestar su amor á la pobreza que para defenderle de las inclemencias del tiempo: ceñido de un áspero silicio, y alimentado escasamente con las amargas raíces que nacen en aquel pais inculto, se sorprenden los mismos Angeles al ver al pequeño anacoreta elevado por los ayres á impulsos de

su amor en medio de aquella silvestre gruta que habitaba, y preguntar en lo mas profundo de sus éxtasis como la esposa de los Cantares por el Dios de su corazon á todos los objetos que le rodean, como si solo viviera de la esperanza de hallarle, y del deleyte de buscarle: se estremece la misma penitencia al escuchar los pavorosos estruendos de disciplinas y cadenas, con que desgarrá inhumano aquella carne misma santificada tantas veces con la unción del Espíritu Santo, hasta llegar á padecer mortales deliquios en los que pedía ansiosamente á su enamorado Jesus que trocasse aquellas sangrientas sombras de la muerte en las amargas agonías que él habia sufrido sobre el madero santo.

No es exágeracion oratoria, señores: los historiadores de su preciosa vida nos aseguran, que éste crucificado angel llegó en los primeros fervores de su vocacion al ápice de una santidad consumada: todos contestan que sus asombrosas austeridades llenaron de horror y espanto las insensibles peñas del desierto que habitaba, y de edificacion á los ancianos Religiosos que le acompañaban solitarios pobladores del yermo: que las luces de este gran planeta brillaron tanto en las sombrías selvas del bosque, que no pudiendo contenerse sus resplandores en medio de las grutas, se difundieron sobre las altas cimas de aquellos montes hasta propagarse á las regiones vecinas: que los pueblos conmovidos al oír el sonido de sus portentosas virtudes, se animaban recíprocamente á entrar en aquella tierra inculta por escuchar las palabras de vida eterna que salian de la boca de este humano serafin: que aquellas montañas, riscos y valles desconocidos en otro tiempo, no podian ya contener la multitud que inundaba sus tenebrosas cavernas: que por último aquellas selvas

inaccesibles se habian convertido en teatro de las glorias y aclamaciones de Benito, precisado á vagar por la soledad llorando sus importunos aplausos.

Y si estos fueron los resplandores que esparció este nuevo sol en el mismo oriente de su vocacion, ¿quáles serian los progresos ulteriores que hizo en la edad mas proveyda, despues que por orden del Pontifice Pio fué trasplantado del yermo á la soledad de los claustros? ¿Quáles serian los excesos de su fervor despues que asociado á los Religiosos de Palermo, soltó de nuevo los vuelos á su gigante espíritu? ¡Ah! Sigamos á este jóven atleta en la nueva carrera que emprende resignado á la voz del Vaticano. Luego que este antiguo colono del desierto pisa la nueva Tebaida de los claustros, se propone por exemplar de sus acciones á los mas famosos héroes, que como estrellas de primer orden resplandecieron en el firmamento seráfico; quiero decir, que así como los mas insignes pintores, y los mas célebres escultores aspirando á eternizar su memoria, hacen un particular estudio sobre los inimitables rasgos de un Parrasio y de un Zeuxis, y sobre los preciosos fragmentos de Policeto y de Fidias, así el incomparable Benito solícito en extraer de lo bueno lo mas distinguido de la perfeccion, se propone en su imaginacion las altas ideas, y los sublimes originales por una parte de su llagado Patriarca, por otra de un San Antonio de Padua, y por otra de un San Pedro de Alcántara: fecunda su fervorosa fantasía con mil exemplares de santos Mártires, y admirables penitentes de su Religion. La noche, que para él era el tiempo destinado al estudio de sus fervores, entra todo fuego en esta academia de héroes que inspiran fervor, piedad, emulation y valor: todo lo que en ellos fué esfuerzo

de invencion y de espíritu, viene á ser en Benito un infatigable estímulo de imitacion y de fervor.

Pero yo me engaño, señores, Benito no queda satisfecho con tan excelentes modelos, y le parece todavia poco el seguir las brillantes pisadas de tan ilustres campeones: él no se contenta con las prodigiosas virtudes que practicaron unos héroes tan famosos: piensa elevar á mas alto grado sus rápidos vuelos, y no se aquieta sino emprendiendo lo mas raro que hay en la virtud, y añadiendo á lo grande lo sublime, y á lo perfecto lo mas heroyco de la perfeccion: animado de tan superior impulso, y embebido en pensamientos tan nobles, aumenta á las rigurosas abstinencias del serafin de Asis quaresmas nunca oidas, y ayunos casi perpetuos que le reducen muchas veces á los umbrales de la muerte: á las prolongadas vigiliias del grande Antonio, dobla nuevas fatigas hasta privarse enteramente del sueño, sin conceder mas descanso á sus agonizantes miembros, que un corto y pequeño alivio que toma alguna vez recostado sobre un manojito de sarmientos: acrecienta á los crueles silicios y multiplicadas disciplinas del extático Alcántara, horrorosas cadenas y mallas de hierro con que aprisiona de continuo su moribundo cuerpo: añade á las penosas distribuciones del claustro el vergonzoso ejercicio de mendigar enteramente descalzo por las calles mas públicas de Palermo, expuesto á las intemperies de las estaciones, y abriendo á cada paso que daba profundas grietas en las plantas de los pies, y otras tantas heridas en el corazon.

Yo quisiera, amados oyentes, haceros una prolija enumeracion de sus asombrosos rigores, para que vierais que Benito reunió en solo su cuerpo las espantosas austeridades con que los Arsenios, Macarios, Egipcíacas y Pelagias horrorizaron los desier-